

LIBRO DÉCIMONONO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL BOSQUE VIRGEN DE LA CALLE DEL INFIERNO.

Dejemos á Domingo sobre el gran camino de Italia á Roma, cumpliendo su piadosa peregrinación de trescientas cincuenta leguas, con el corazón lleno de devorantes angustias, los pies destrozados por los duros guijarros del camino, y veamos lo que pasaba tres semanas antes de su partida, es decir, sobre el lunes 21 de Mayo á medianoche en una casa, ó más bien en el parque de una casa desierta de uno de los barrios más populosos de París.

Nuestros lectores recordarán tal vez la visita nocturna que Carmelita y Colombán, en el breve y fugaz tiempo de su felicidad, habían hecho en una noche de primavera á la tumba de La Valliere.

Esta noche, recordarán que después de haber pasado las calles de Santiago y del Valle de Gracia tomaron á la izquierda y llegaron á la del Infierno, ante una puerta de

madera pintada de verde claro, que sirve de entrada al antiguo jardín de las Carmelitas.

Pues bien: al otro lado de la calle, por consecuencia á la derecha yendo al Observatorio, casi enfrente de ese mismo jardín de las Carmelitas, hay una puerta abovedada de barras de hierro y cerrada con una cadena del mismo metal.

Si miráis al pasar á través de las barras de la puerta, quedaréis maravillados al ver la más asombrosa vegetación que nunca se haya presentado á vuestra vista, ó que podáis haber imaginado en sueños.

En efecto, imagínese la entrada de un bosque de plátanos, de sicomoros, de tilos, de acacias, de zumaques, de abetos, de tuliperos, enlazados unos en otros como lianas, y reliados entre sí por mil hiedras en una especie de inexplicable mescolanza, en increíble confusión, una especie de bosque impenetrable para el hombre, un bosque virgen de la India ó de las Américas, y se tendrá apenas idea de los encantos que causa al sorprendido transeunte la vista de este trozo de parque aislado, y más que aislado, misterioso.

Pero este encanto que causa la vista de una tierra virgen y de una lujosa vegetación, desaparece bien pronto, y aun se convierte en una especie de terror, cuando en lugar de ver este bosque á la luz del día, el transeunte fija en él su mirada á través de las barras de la reja durante el crepúsculo de la tarde ó durante las tinieblas que hace visibles la pálida claridad de la luna á medianoche.

Entonces á la dudosa luz de la reina de plateada corona, divisáanse á lo lejos las ruinas de una casa destrozada y un inmenso pozo, cuya descubierta y anchurosa boca aparece en medio de un montón de crecidas hierbas.

Entonces, en medio del silencio escúchase y se oyen esos mil extraños ruidos, propios de la hora de medianoche en los cementerios, en las ruinosas torres ó en palacios deshabitados.

Entonces, por poco que el tansnochador transeunte en vez de tener el corazón cubierto con ese triple acero que habla Horacio y que atribuye al primer navegante, tenga, discípulo de Goethe ó lector de Hoffmann, llena la imaginación con la lectura de las obras de estos poetas, los recuerdos de las Burgs del Rhin, en que aparecen los espectros de los barones feudales, los espíritus de los bosques de Bohemia, todos los cuentos, todas las leyendas, todas las siniestras historias de la vieja Alemania se le vendrán á la imaginación, y pedirá á aquellos árboles silenciosos, á aquel abierto pozo, á aquella casa medio derruida, su historia, su cuento, su leyenda.

¿Qué hubiera sido para el que, después de haber interrogado la dueña de la prendería, una buena y valiente mujer llamada la señora Tomasa, que vive cabalmente enfrente al otro lado de la calle, qué hubiera sido pues, decimos, si después de haber pedido á aquella buena mujer la leyenda ó la historia de este misterioso parque, obtuvierais por gracia ó por astucia los medios de visitarlo?

Vivo temblaría ciertamente con sólo ver á través de la reja aquel extraño hacinamiento sombrío é indecible de árboles, de altas hierbas, de arbustos, de ortigas y de trepadoras hiedras.

Un niño no se atrevería á atravesar el umbral de aquella puerta: una mujer con sólo mirarlo se desmayaría.

En medio de aquel barrio lleno de leyendas, principiando por la del Diablo, de Vauvert, este parque es un

nido en que van á terminar mil cuentos que el primer recién venido os contará, desde la barrera hasta la puerta de Santiago, desde el Observatorio hasta la plaza de San Miguel.

¿Cuál es la más verídica de estas contradictorias leyendas?

Nosotros no sabremos deciroslo.

Pero sin creerla como palabra evangélica, vamos á contaros la que nos es personal, y se comprenderá entonces cómo el recuerdo de esta sombría y fantástica morada ha quedado impreso en nuestra imaginación, á pesar de haber transcurrido ya cerca de treinta años.

Acababa de llegar á París. Tenía veinte años: vivía en el arrabal de San Dionisio y tenía una querida en la gran calle del Infierno.

Me preguntaréis: ¿cómo viviendo en el arrabal de San Dionisio, había buscado una querida en este barrio olvidado y tan distante del en que yo vivía?

Responderé que á los veinte años, cuando se llega de Villers-Cotterets, y no se tiene más que mil doscientos francos de asignación, no se escoge una querida, sino que es ella quien le escoge á uno.

Había sido pues elegido por una joven bastante bella, que como ya he dicho, vivía en la gran calle del Infierno.

Iba tres veces por semana, con gran terror de mi anciana madre, á hacerla una visita nocturna.

Salía á las diez de mi casa y volvía á las tres de la mañana.

Según mis hábitos de viajero noctambulante, fiado en mi estatura y en mi fuerza, no llevaba ni bastón, ni puñal, ni pistolas.

El camino que recorría era bien sencillo; y aun cuando

lo hubiera trazado sobre el mapa de París con regla y lápiz, no hubiese seguido una línea más recta.

Partía del arrabal de San Dionisio, núm. 58, atravesaba el puente del Cambio, la calle de la Barillerie, el puente de San Miguel, tomaba por la calle de la Harpe, que me conducía á la calle del Infierno, ésta á la del Este, ésta á la plaza del Observatorio, me alargaba por el hospicio de los Enfants-Trouvés, atravesaba la barrera, y entre la calle de Pepiniere y la calle de La Rochefoucauld, abría la puercecilla de un jardín que conducía á una casa, que hoy ha desaparecido, y que tal vez no existe ya más que en mi memoria.

Me volvía por el mismo camino, es decir, que andaba como unas dos leguas cada noche.

Mi pobre madre se inquietaba mucho sin saber adónde iba; se hubiera inquietado muy poco si hubiera podido seguirme y ver á través de qué sombrío desierto proseguía mi carrera, á contar desde el sitio llamado la Escuela de Minas.

Pero el sitio más desierto y más sombrío de este itinerario era, á no dudarlo, los quinientos pasos que daba yendo de la calle del Abbé de l'Epée á la calle de Port-Royal, y volviendo de la calle de Port-Royal á la del Abbé de l'Epée.

Estos quinientos pasos estaban ocupados por los muros de la casa maldita.

Confieso que en las noches sin luna, estos quinientos pasos no dejaban de preocuparme un poco.

Hay un Dios, dicen, para los enamorados y los borrachos.

Á Dios gracias, en cuanto á los borrachos, nada puedo decir; pero respecto de los enamorados, tentado estoy de creerlo.

Jamás tuve un mal encuentro.

Verdad es que atormentado por el deseo de conocerlo todo, había tomado el partido, como vulgarmente se dice, de coger al toro por los cuernos.

Quiero decir, de penetrar en aquel misterioso retiro.

Había comenzado por informarme de la leyenda que concernía á la persona que me hacía, de cada dos noches una, cometer la imprudencia que voy á contar.

Ésta había prometido preguntárselo á su hermano, uno de los estudiantes más camorristas del cuartel Latino.

Su hermano se ocupaba poco de leyendas.

Sin embargo, por satisfacer la curiosidad de su hermana, se informó, y hé aquí los detalles que pudo recoger.

Unos decían que esta casa era propiedad de un rico nabab, que después de haber visto morir á sus hijos é hijas, sus nietos y sus nietas y los hijos de sus nietos, porque el indio contaba cerca de siglo y medio, había jurado no volver á ver á nadie, no beber más agua que la de su cisterna, no comer más que las hierbas de su jardín, no dar descanso al cuerpo más que sobre la dura tierra y una piedra por almohada á su cabeza.

Prentendían otros que esta casa servía de asilo á una banda de monederos falsos, y que todas las piezas de plata falsas que circulaban en París eran fabricadas entre la calle del Observatorio y la calle del Este.

Las personas piadosas y timoratas decían en voz baja que aquella habitación era frecuentada en ciertas épocas por el general de los jesuitas, quien después de haber ido á visitar á sus hermanos de Montrouge, se volvía á esta extraña morada por un camino subterráneo que no tenía menos de legua y media.

Los espíritus débiles hablaban vagamente de espectros

arrastrando cadenas, de almas en pena que pedían oraciones, de ruidos inexplicables, extraordinarios, que se oían á medianoche en ciertos días del mes y bajo ciertas fases de la luna.

Los que se ocupaban de política contaban á quien quería oírsele, que este parque, habiendo formado parte de los terrenos sobre los que después se ha construido la Cartuja y ante los cuales fué ejecutado el mariscal Ney, la familia del mariscal, como una especie de sombría consagración, había comprado los terrenos y la casa que daban á la plaza fúnebre, y después de haber arrojado la llave de la casa en el pozo y la de la puerta por encima de la muralla, se había alejado sin atreverse á mirar hacia atrás.

En fin, aquella casa en donde nunca se veía entrar á nadie, aquella puerta barreada de hierro, las historias de robo, de asesinato, de raptó y de suicidio que vagaban sobre aquel parque desolado como una bandada de pájaros nocturnos; los cuentos, verdaderos ó falsos, que circulaban en el barrio, la rama de sicómoro de que se había ahorcado un hombre llamado Jorge, y que se enseñaba á los transeuntes cuando se paraban ante la verja y preguntaban, todo contribuyó á excitar en mí un vivo deseo de entrar de día en el jardín desierto y en la casa abandonada, delante de la cual, tres veces por semana pasaba yo por la noche temblando.

CAPÍTULO II.

LA CASA EN VENTA.

La verja del jardín estaba situada en la calle del Infierno; pero la entrada de la casa estaba y está todavía en la calle del Este, número 37, es decir, la última casa antes de llegar á la Cartuja.

Por desgracia, yo no era rico en aquella época, no quiero decir, entiéndase bien, que lo sea hoy, no era pues bastante rico en aquella época para ensayar esa llave mágica que dicen abre todas las verjas, puertas y poternas.

Pero aparte de esto, súplicas, astucia, intrigas, todo lo puse en planta para penetrar en aquel sitio impenetrable.

Nada conseguí.

Quedábame el escalamiento.

Pero el escalamiento es cosa grave, prevista por el código, y si hubiese sido cogido en la exploración nocturna del bosque virgen, de la casa deshabitada ó habitada (nada sobre esto se sabía), me hubiera costado gran trabajo persuadir á mis jueces que había ido allí por motivo de simple curiosidad.

De tal modo me había acostumbrado á pasar bajo aquel muro dominado por grandes árboles, cuyas ramas sobresalian hacia la calle como un sombrío quitasol, que en lugar de apretar el paso, como en los primeros tiempos, lo contenía, deteniéndome algunas veces y sintiéndome dispuesto á trocar mis citas amorosas por una visita á aquel fantástico jardín.

Y fantástico, como después veréis, era la palabra que más exactamente le convenía.

Una tarde del mes de Julio de 1826, es decir, un año sobre poco más ó menos antes de los acontecimientos que vamos á referir, como había, para no faltar á mi cita, cenado en el cuartel Latino, y cuando á eso de las nueve me encaminaba por el lado de la calle del Este, levanté como de costumbre la vista hacia la casa misteriosa, y vi á la altura del primer piso un inmenso cartel, sobre el que con grandes letras negras estaban escritas estas tres palabras:

CASA EN VENTA.

Me detuve, porque creí que había visto mal.

Me froté los ojos.

No me engañaba. Estas tres palabras á manera de anuncio estaban también escritas sobre la fachada:

CASA EN VENTA.

— ¡ Ah! pardiez, dije, hé aquí la ocasión que hace tanto tiempo buscaba. Guardémonos de dejarla escapar.

Lancéme hacia la puerta, y satisfecho con tener una respuesta que dar, caso de que me preguntasen lo que quería, llamé con fuerza.

Nadie respondió.

Llamé segunda vez.

Nada.

Tercera, cuarta y quinta hice resonar el llamador de hierro sobre el clavo de la puerta.

Pero no obtuve mejor resultado que la primera y segunda vez.

Miré á mi alrededor y vi á un peluquero que me miraba de pie en el umbral de su puerta.

— ¿ Á quién es preciso dirigirse, le pregunté, para visitar esta casa?

— ¿ Queréis ver esa casa? me preguntó admirado.

— ¿ Por qué no? ¿ no está de venta?

— En efecto; esta mañana he visto el anuncio; pero el diablo me lleve si tan siquiera sé quién lo ha puesto.

Se comprenderá que esta opinión del peluquero que oincidía con la mía, en vez de disminuir, aumentó mi curiosidad.

— En fin, le dije, ¿ podéis indicarme un medio de entrar en esta casa y verla?

— ¡ Diablo! llamad á esa cueva y preguntad.

Y al decir esto me indicaba una especie de excavación que está á flor de tierra y á la que se bajaba por cinco ó seis escalones.

Llegado al último, me vi detenido por un obstáculo material.

Este obstáculo era un gran perro, negro como la noche: apenas se le veía en las tinieblas: se le podía tomar muy bien por el monstruo guardián de aquel antro.

Estaba acostado; se levantó, colocóse atravesado, y gruñendo sordamente volvió la cabeza hacia mí.

Sus dientes y sus ojos brillaban en la obscuridad sin que se viera el cuerpo á que pertenecían.

Aquel gruñido pareció llamar á un hombre.

Era éste el dueño de aquel perro fantástico y el habitante de aquella caverna misteriosa.

La vida real, las personas humanas, estaban á tres pasos detrás de mí.

Tocaba todavía con la mano, y sin embargo mi imaginación estaba tan vivamente excitada, que el descenso de aquellos cinco escalones me parecía que había bastado para

ponerme en contacto con otro mundo distinto del nuestro.

El hombre como el perro tenían en efecto un carácter particular.

Estaba vestido de negro y la cabeza cubierta con un fieltro negro también, cuyas inmensas alas cubrían su negro semblante, en el que sólo brillaban, como en el del perro, los ojos y los dientes.

Tenía un bastón de nudos en la mano.

— ¿Qué queréis? me preguntó con ronco acento acercándose á mi.

— Ver la casa que está en venta, le respondí.

— ¿ Á esta hora? preguntó el hombre negro.

— Comprendo que esto os causará alguna incomodidad... pero no tengáis cuidado.

Y al propio tiempo hice sonar majestuosamente en mi bolsillo algunas monedas, únicas que poseía.

— No es esta hora de venir á ver una casa, replicó el hombre negro entre dientes y moviendo la cabeza.

— Ya veis que sí, repliqué yo, puesto que estoy aquí.

Este argumento le pareció sin duda irresistible al hombre negro.

— Sea, dijo; vais á verla.

Y se hundió en lo profundo de su caverna.

Confieso que dudé un momento si debía ó no seguirle; pero al fin me decidí.

Al primer paso sentí que me detenían.

Mi pecho había chocado con la palma de la mano del hombre negro.

— Se entra por la calle del Infierno y no por aquí.

— Pero sin embargo, objeté, la puerta de la casa está en la calle del Este.

— Es posible, dijo el hombre negro, pero no entraréis por la puerta de la casa.

Un hombre negro puede tener sus caprichos como un hombre blanco: resolví pues respetar el de mi guía.

Sali de la cueva en cuyo interior no había dado más que dos ó tres pasos, y me hallé en la calle.

El hombre negro me siguió, seguido él á su vez de su perro y llevando en la mano su garrote.

Llegado á la calle, me pareció que me dirigía una mirada siniestra.

Después me dijo con voz sombría:

— Tomad á la derecha.

Y me señalaba la calle del Val-de-Grace con la punta de su garrote.

Después llamó á su perro, que reconociéndome con revoltosa indiscreción, como si el mejor pedazo de mi persona debiera pertenecerle en un momento dado, me dirigió otra mirada que era por decirlo así, la continuación de la de su amo, y siguió á éste.

Amo y perro desaparecieron por la izquierda, en tanto que yo me dirigía hacia la derecha.

Cuando llegué á la verja esperé.

Á través de los hierros, mi mirada penetraba en la misteriosa espesura de aquel jardín, que por fin iba á serme permitido visitar.

Era un espectáculo melancólico, extraño, adorable, un poco sombrío, pero que conmovía inefablemente.

La luna que acababa de aparecer y que brillaba en todo su esplendor, adornaba la cima de los grandes árboles como una corona de ópalo, de perlas y de diamantes. Las altas hierbas brillaban como esmeraldas. Las luciérnagas, esparcidas á trechos en la espesura del bosque, enviaban

á las violetas el musgo, y á las hiedras sus azulados reflejos. Cada soplo de la brisa, como en los bosques del Asia, traía mil perfumes desconocidos, mil sonidos misteriosos, que completaban el encanto de la vista, con los voluptuosos placeres del oído y del olfato.

¡ Qué felicidad debía ser la del poeta, que huyendo de París, en el mismo París tuviera el derecho de pasearse día y noche por este encantado país !

Me hallaba sumido en esta muda contemplación, cuando se interpuso una sombra entre mí y el mágico espectáculo que ante los ojos tenía.

Era mi hombre negro, que habiendo dado vuelta por el interior, se presentaba en la verja.

— ¿ Con que queréis entrar ? preguntó.

— Más que nunca.

Sentí entonces un ruido de cerrojos, barras y cadenas que desechaban ó descorrían ; un ruido á hierro viejo, como el que hacen las ferradas puertas de una cárcel al cerrarse detrás de un preso.

Pero no fué esto solo. Cuando el hombre negro hubo acabado estas diversas operaciones, que denunciaban en él un profundo estudio de la cerrajería ; cuando hubo quitado á la puerta todos los estorbos que la barricadaban ; cuando creí que iba ya á abrir, y con las dos manos impacientes, apoyadas en los barrotes, me encorbaba para hacerla rodar sobre sus goznes, la verja se negó á ello resueltamente á pesar de los esfuerzos que hacía el hombre negro por su parte, á pesar de los ladridos del perro, á quien se oía sin verle y que estaba en efecto invisible ; tan desmesuradamente alta estaba la hierba.

Después de algunos esfuerzos inútiles el hombre negro se cansó.

En cuanto á mí, hubiera estado empujando hasta mañana.

— Volved otro día, me dijo.

— ¿ Por qué ?

— Porque hay una montaña de tierra delante de la puerta, y es menester quitarla.

— Pues quitadla.

— ¿ Y cómo, esta noche ?

— Puesto que un día ú otro será preciso que os toméis ese trabajo, tanto da hacerlo esta noche.

— ¿ Tanta prisa tenéis ?

— Me marcho mañana á un viaje de tres meses.

— Entonces, dejadme el tiempo necesario para ir á buscar un pico y una pala.

Y desapareció con su perro en la espesa sombra proyectada por los gigantescos árboles.

CAPÍTULO III.

LA VISITA.

En efecto, fuera porque el viento del Oeste durante largos años hubiera arrojado contra la puerta nubes de polvo, y que con la lluvia se hubiera convertido en mortero, fuera simplemente un crecimiento natural del terreno, ello es que se había formado por la parte interior de la verja una especie de montecillo de unas diez y ocho pulgadas de alto, el cual permanecía oculto por las altas hierbas que subían á lo largo de las barras de la verja.

Á los pocos momentos, el hombre negro volvió con el pico que había ido á buscar.

Á través de la verja, y con las proporciones que mi imaginación prestaba en su exaltación á los más ordinarios y comunes objetos, me hizo el efecto que un gallo armado con su frámea

Lo único que perjudicaba al parecido era el color de su epidermis.

Púsose á cavar la tierra, lanzando cada vez que movía su pico una especie de gemido semejante en todo con el de los panaderos.

Era aquella la época en que *Loëve-Weimars* acababa de traducir á *Hoffmann*, y tenía la cabeza llena de una porción de historietas de *Olivier Brunón*, del Mayorazgo y del Violin de Cremona.

Estaba convencido que me hallaba en plena fantasía.

Por fin, al cabo de algunos momentos cesó en su trabajo y se apoyó en su pico diciendo:

— Ahora os toca á vos.

— ¿Cómo que me toca á mí?

— Empujad.

Obedecí á esta insinuación y empujé la puerta con pies y manos.

Resistióse ésta todavía, hasta que por fin se abrió de pronto y con tal violencia, que chocando en la frente al hombre negro, lo tambó patas arriba.

El perro, tomando sin duda este accidente por una declaración de guerra, comenzó á ladrar con furia, enderezándose sobre sus patas traseras como si quisiera lanzarse sobre mí.

Coloquéme en posición de poder atender á un doble ataque, porque no dudaba que el hombre al levantarse se

vendría hacia mí. Pero con gran admiración mía, desde el fondo de la hierba en que estaba acostado mi guía, impuso silencio al furioso animal, y al tiempo de levantarse me dijo:

— Esto no es nada.

Apareció después en la superficie de la hierba.

Cuando digo en la superficie, digo pura y simplemente la verdad; porque cuando el hombre negro volvió á ponerse en marcha diciéndome: *Venid*, la hierba nos llegaba al cuello.

El suelo rechinaba bajo nuestros pies. Parecíame que andaba sobre cojines de muelles. Había ciertamente sobre la tierra una alfombra de musgo, de hojas secas y de hierba, del espesor de un pie al menos.

Iba á lanzarme al azar en aquella espesura, cuando mi guía me detuvo.

— ¡Un momento! me dijo.

— ¿Qué hay? le pregunté.

— Se trata de cerrar la puerta, me parece.

— Es inútil, puesto que hemos de volver á salir.

— No se sale por aquí, me respondió el hombre negro dirigiéndome una extraña mirada que me hizo buscar en el bolsillo un arma cualquiera.

Naturalmente, no la encontré.

— ¿Y por qué no se sale por aquí? le pregunté.

— Porque esta es la puerta de entrada.

Este argumento, por más vago que fuese, me satisfizo.

Estaba decidido á llevar mi aventura hasta el fin.

Cerrada la puerta, nos pusimos en marcha.

Parecíame que entraba en ese impenetrable bosque virgen, cuyo grabado se halla en todas las calles expuesto. Nada le faltaba; ni aun el árbol cortado cuyo tronco sirve de puente para pasar un barranco.

Las enredaderas se enlazaban como furias desde el pie de los árboles y volvían á caer en colgantes de tirabuzones medio desprendidos en el espacio.

Veinte plantas de tallo *volubilis* como las glycinas, convolvuláceas como las campanillas, se enroscaban, retorcian, entrelazaban y estrechaban bajo la luz de la luna en aquella grande hamaca de verdura que formaba el bosque.

Si la hada de las plantas, saliendo de repente del cáliz de una flor ó del tronco de un árbol, me hubiera propuesto pasar mi vida con ella en aquella adorable espe-sura, es muy probable que hubiera aceptado sin inquietarme por lo que hubiera podido pensar, decir ó hacer aquella otra hada que me esperaba en la calle grande del Infierno.

No fué la hada la que salió de su palacio de verdura, sino mi guía, que abatiendo con su bastón implacablemente la cabeza de las plantas que se hallaban á su alcance, me conducía hacia un sitio aun más espeso que cuantos hasta entonces habíamos atravesado, diciéndome con ruda voz:

— Pasad.

El perro pasó el primero.

Después yo.

Después él.

Me seguía, y esto me causaba alguna inquietud, lo confieso, por relación á aquel nuevo orden introducido en la marcha de la caravana.

Me había presentado como comprador: un comprador es rico, y un palo sobre el occipucio se aplica rápidamente.

Miré detrás de mí.

Detrás de mí nada se veía más que la maleza y la hierba.

De pronto sentí que me agarraban por detrás por el cuello de mi redingote.

Creí llegado el momento de la lucha.

Me volví.

— ¡ Deteneos! me dijo el hombre negro.

— ¿ Y por qué me he detener?

— ¿ No veis ese pozo que hay delante de vos?

Miré al sitio que me señalaba.

Ví un círculo negro trazado sobre el suelo, y reconocí en efecto á flor de tierra la boca de un pozo. Un paso más, y me sepultaba en él.

¡ Ah! lo confieso: esta vez un extraño estremecimiento recorrió todo mi cuerpo.

— ¿ Un pozo? repetí.

— Sí, y que da á las Catacumbas, á lo que parecé.

Y el hombre negro buscó una piedra que arrojó en aquella sima.

Algunos instantes que me parecieron siglos, diez segundos tal vez transcurrieron.

Por fin oí un ruido sordo, un eco subterráneo: la piedra había tocado al fondo.

— Ya ha caído un hombre, continuó tranquilamente mi guía, y bien comprenderéis que no se le ha vuelto á ver. Pasemos.

Di la vuelta al pozo, describiendo el más ancho círculo que me fué posible describir.

Cinco minutos después había salido sano y salvo de aquella espesa maleza.

Peró cuando llegaba al linde de aquel bosque me sentí coger vigorosamente por el brazo.

Comenzaba ya á acostumbrarme á las excentricidades de mi guía ; además, en vez de estar á obscuras como cinco minutos antes, nos hallábamos bajo la claridad de la luna.

— ¿Y bien? le pregunté con bastante calma.

— Y bien, dijo señalándome con el dedo un sicómoro ; ahí tiene Vd. el árbol.

— ¿Qué árbol?

— El sicómoro.

— Ya veo que es un sicómoro : ¿pero qué hay?

— Aquella es la rama.

— ¿Qué rama?

— La rama de que se ahorcó.

— ¿Pero quién se ahorcó?

— El pobre Jorge.

Recordé en efecto aquella historia del ahorcado, de que había oído hablar vagamente.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dije, ¿y quién era el pobre Jorge?

— Un pobre muchacho que se llamaba así.

— ¿Y por qué se llamaba así?

— Porque era un pobre muchacho.

— ¿Y por qué era un pobre muchacho?

— Cuando os digo que se ahorcó...

— Pero, ¿por qué se ahorcó?

— Porque era un pobre muchacho.

Vi que era inútil llevar más adelante el interrogatorio.

Mi fantástico guía empezaba á aparecérseme bajo su verdadero punto de vista, es decir, como un idiota.

Á mi vez le cogí por un brazo y noté que temblaba.

Le dirigí algunas nuevas preguntas, y observé que el temblor de su cuerpo se había hecho extensivo hasta la voz.

Entonces empecé á adivinar que su repugnancia á de-

jarme ver el jardín y la casa durante la noche, no era otra cosa más que miedo.

Sólo me restaba el explicarme el color de sus vestidos, de su rostro y de su perro.

Iba á pedirle que me lo explicase, pero no me dió tiempo para ello ; y como si tuviese prisa por alejarse del árbol maldito, se lanzó de nuevo en el bosque, diciendo :

— Vamos, vamos, acabemos.

Entramos de nuevo en el bosque.

Pero esta vez pasó él el primero.

Era un bosque de una aranzada de tierra, pero cuyos árboles eran tan grandes y corpulentos y estaban de tal modo apretados unos contra otros, que parecía tener una legua.

En cuanto á la casa, era el ideal del bosque desierto : todo en ella estaba destrozado, grieteado y convertido en ruinas.

Subíase por una escalera de tres ó cuatro peldaños, y una vez llegado á aquella especie de plataforma, se entra en la habitación de la calle del Este por una segunda escalera de piedra y mortero. Sólo que los escalones están separados, unos de otros y en veinte sitios diferentes se ve la luz á través de ellos.

Iba á subir.

Pero por tercera vez sentí la mano de mi guía que me detenía.

— ¡ Eh ! ¡ caballero ! ¿ qué hacéis ? me dijo.

— Visitar la casa.

— Guardaos bien : se sostiene por milagro, y una voz ó un soplo demasiado fuerte puede hacerla caer.

Y en efecto, á impulsos sin duda del Norte que aquel día

soplaba, parte del edificio estaba enteramente abierto y amenazando ruina.

Bajé no sólo los dos escalones que había subido, sino también los cuatro de la entrada.

Lo había visto todo, y ya no me quedaba más que salir.

¿Pero por dónde se salía?

Hubiérase dicho que mi guía adivinaba mi deseo y hasta que participaba de él, porque volviéndose hacia mí me dijo:

— Tenéis bastante ya, ¿no es verdad?

— ¿Lo he visto todo?

— Absolutamente todo.

— Pues bien: entonces salgamos.

Abrió una puertecilla invisible en la obscuridad, pues estaba oculta en bóveda, y nos hallamos en la calle del Este.

Seguí maquinalmente á mi hombre hasta su cueva.

Tenía curiosidad de ver entrar á Caco en su antro.

Durante nuestra ausencia la cueva se había iluminado; una luz ardía junto á la puerta.

En lo bajo de la escalera que conducía á la cueva, esperaba á mi guía un hombre tan parecido á él, que se le hubiera tomado por su sombra.

Era negro de los pies á la cabeza.

Los dos negros se adelantaron uno hacia otro y cambiaron un apretón de manos.

Después comenzaron á hablar en una lengua que al pronto me pareció desconocida, pero que bien pronto, gracias á la atención que puse, reconocí en ella el auvernés.

Una vez en la pista, el resto no era difícil de adivinar.

Tenia simplemente delante de mí dos miembros de la honorable cofradía de los carbonarios.

La noche y mi imaginación sobre todo habían acrecido y poetizado los objetos.

Di tres francos á mi guía por el trabajo que se había tomado. Quitóse entonces el sombrero, y en la raya color de carne que apareció en el sitio en que el contacto del fieltro había quitado el carbón, reconocí la verdad de mis descubrimientos.

Y ahora, si treinta años después he buscado este recuerdo en el fondo de mi memoria, y lo he colocado aquí de manera acaso un poco insólita, es porque tenía que hacer conocer al lector la localidad á la que le vamos á transportar.

Es pues de ese jardín desierto de la calle del Este, cerca de aquella casa solitaria y medio arruinada, adonde le suplicamos que nos siga durante la noche del 21 de Mayo de 1827.

CAPÍTULO IV.

DE CÓMO FUÉ FUNDADA LA SOCIEDAD « AYÚDATE Y DIOS TE AYUDARÁ. »

El 21 de Mayo á medianoche, á la izquierda conforme se entra, pero creo que no se puede entrar hoy ya allí, habiéndonos parecido la última vez que pasamos por aquel sitio que la cadena estaba corrida y que hemos dirigido una mirada retrospectiva sobre los acontecimientos de que este recinto ha sido teatro, el lunes pues 21 de Mayo, á la izquierda del bosque, cuando se entra por la calle del Infierno, á la derecha cuando se entra por la del Oeste, se